

CAPITULO I.

Medidas de Tarik despues de la batalla del Guadalete. — Mándale Muza que no prosiga la conquista, y no le obedece. — Toma de Málaga, Elvira, Córdoba y Toledo. — Llegada de Muza á España. — Sitio de Mérida. — Venida de Abdelaziz con refuerzos. — Toma de Mérida. — Entrevista de Muza y Tarik. — Exoneracion y prision de este por Muza. — Teodorico.

La batalla del Guadalete habia dado un prestigio inmenso á Tarik. Su nombre corria por toda el Africa en alas de la fama, excitando en todos los musulmanes la admiracion y el afecto. Decimos mal; un hombre, quizás el único de los suyos, no participaba del general contento: este era Muza ben Nosseir, el conquistador del Al-Magreb cuyos servicios habian sido recompensados con el título de walf y el mando del Africa septentrional, y que, no satisfecho con los lauros ya conseguidos, envidiaba los que su lugarteniente alcanzaba en nuestra Península, y temia que desluciesen á los suyos.

Aguijoneado por los celos, dióle órden de que no prosiguiera la conquista hasta que llegara él con refuerzos, y en efecto empezó á hacer los preparativos necesarios para la marcha.

Entre tanto el vencedor del Guadalete, cuya perspicacia adivinó en seguida los motivos que habian impulsado al walf á tomar semejante determinacion, y cuyo valor se avenia mal á permanecer en la ociosidad, discurrió un arbitrio para no obedecer sus órdenes sin cargar con toda la responsabilidad, cual fue el de reunir en consejo á los mas valerosos y experimentados capitanes, darles cuenta de ellas, y pedirles que deliberaran sobre lo que convenia hacer. Todos unánimemente, como ya lo tenia previsto Tarik, opinaron por la prosecucion de la conquista, para no desperdiciar la ocasion que el pánico de los pueblos les ofrecia, y no darles tiempo á que volviendo de su sorpresa la hiciesen difícil ó tal vez imposible.

Escudado con esta determinacion, dividió Tarik sus tropas en tres cuerpos, uno bajo sus inmediatas órdenes, otro á las de Mugeiz el Rumi y el tercero mandado por Zarde-ben-Kerardi, á los cuales dió las instrucciones necesarias, y previno la ruta que debian seguir.

El que este capitaneaba, se apoderó sucesivamente de Ecija, Málaga y Elvira de las cuales solo la primera se resistió: en todas dejó encomendada la guarnicion á los judíos, si bien agrególes algunos árabes, y se portó con mucha circunspeccion procurando infundir ánimo á sus aterrados habitantes. Despues de esto marchó á unirse con Tarik y ambos se dirigieron hácia la capital del reino, esto es, hácia Toledo, que á pesar de su posicion á propósito para una larga resistencia, pidió capitulacion, en lo que fácilmente vino Tarik, concediendo á los toledanos el libre ejercicio de su Religion, sin mas prohibiciones que las de construir nuevos templos sin especial permiso, la de hacer procesiones públicas, y la de castigar ó estorbar al que quisiera hacerse musulman, y garantizando las personas y propiedades á condicion de entregar todas las armas y caballos y pagar un tributo no mayor del que satisfacian á los godos. Por esta capitulacion puede conocerse el sistema empleado por los árabes, pues era semejante al que seguian en las demás ciudades.

Entre tanto las tropas acaudilladas por Mugeiz el Rumi se dirigieron á Córdoba é intimaron la rendicion á sus defensores bajo condiciones bastante admisibles, que no obstante rechazaron estos, aprestándose á la resistencia: pero la villanía de un pastor que informó á aquel de su escaso número, y le mostró un lugar de las murallas por donde fácilmente podíase penetrar, ocasionó juntamente con la toma de la ciudad, la muerte de todos los que la guarnecian.

Dueño de esta manera el invasor, de Córdoba, tomó los rehenes que estimó conveniente, sin hallar resistencia alguna en los atemorizados habitantes.

En este intermedio Muza, terminados sus preparativos y dejando á su hijo Abdelaziz de gobernador en Africa, embarcóse con diez y ocho mil hombres, los diez mil de caballería, en compañía de sus dos hijos menores, Abdelola y Meruan, llegando á Algeciras en los primeros meses del año 712.

Irritóse extraordinariamente al saber que las órdenes que á Tarik diera no habian sido obedecidas, y decidió proseguir la conquista por los lugares en que este no hubiera tocado, recorriendo en consecuencia, el condado de Niebla, donde tomó varias ciudades, entre ellas Soria, Medina-Sidonia y Carmona casi sin resistencia, y apoderándose al cabo de un mes de porfiada lucha, de Sevilla, tras lo cual dejando el cuidado de su guarda á Isa-ben-Abdila, se internó en la Lusitania, y por último fijó sus reales delante de Mérida.

La fuerte posicion de esta ciudad y la enérgica respuesta que de sus defensores obtuvo la intimacion de que se rindieran, hizo comprender desde luego que la resistencia seria larga y sangrienta; y en la prevision de que no fueran sus tropas suficientes á vencerla, envió un mensaje á Abdelaziz con encargo de que pasara á la Península con refuerzos.

Hízolo este así con toda premura y llegó á tiempo de que, para vengar los españoles las pérdidas que en una celada preparada por Muza habian sufrido, y recobrar una torre que dias antes habia este tomado, hicieron una tan vigorosa salida, que no solo recuperaron esta, sino que no dejaron en ella hombre con vida.

Los doce mil hombres traídos por Abdelaziz unidos á las numerosas huestes de su padre, inutilizaron el heroismo de los que á Mérida defendian, y abrumados por la superioridad de los musulmanes, reducidos á un pequeño número por los anteriores combates y extenuados á causa de la escasez de subsistencias, pidieron

capitulacion que el vencedor solo concedió bajo las condiciones siguientes: que darian en rehenes las principales personas de la capital, Egilona, la reina viuda de Rodrigo entre ellas; que entregarían todas sus armas y caballos; que los bienes de los que se retirasen ó hubiesen retirado de la poblacion, de los muertos en la celada y las riquezas de los templos serian confiscados, y que la mitad de estos serian convertidos en mezquitas.

Duras eran en verdad, pero imposible la resistencia, y por tanto fue forzoso avenirse á ellas, haciendo en consecuencia Muza su entrada en la ciudad el día 11 de julio del citado 712.

Mientras tanto Tarik, apoderado de Toledo, se habia instalado en el palacio de los anteriores monarcas godos, donde encontró grandes tesoros, despues salió á hacer algunas correrías por los territorios comarcanos, en una de las cuales se apoderó de la célebre mesa verde de Suleiman que mas tarde le sirvió para vindicarse, y que segun unos estaba en Medinaceli, y segun otros en la antigua Complutum (hoy Alcalá de Henares) sin que pueda saberse á punto fijo quienes tienen razon; mas sabedor de que Muza, marchaba desde Mérida hácia la un tiempo capital del reino visigodo regresó á ella, y de allí adelantóse hasta Medina Talbera (Talavera) á recibirle.

Al avistarse ambos, apeóse Tarik del caballo y á la pregunta que el conquistador de Mérida le hizo acerca de los motivos que le habian movido á desobedecerle, contestó: «Porque así lo acordó el consejo de capitanes y era mas conveniente á la causa del Islam.» Irritóse Muza y para apaciguarle le presentó ricas alhajas que, satisfaciendo su codicia, acallaron por el pronto su resentimiento.

De esta suerte regresaron juntos á Toledo, si reconciliados en apariencia, enemigos en el fondo, y una vez allí pidió este á aquel cuenta estrecha de los tesoros y riquezas de que se habia apoderado en las diversas ciudades que recorriera exigiéndole hasta la mesa de Suleiman de que hemos hecho anteriormente mencion.

Satisfizole cumplidamente Tarik, reservándose solo una de las patas de la mesa, diciendo que sin ella la habia hallado, en la prevision de lo que mas tarde le sucedió en efecto; pero ni aun así logró desarmar al rencoroso walf, que finalmente le depuso de su cargo y redujo á prision, nombrando para sustituirle á Mugeiz el Rumi quien mas generoso que él, constituyóse desde luego en defensor de su antiguo jefe.

Entre tanto Abdelaziz, el hijo de Muza cuya venida á España habia ocasionado la caída de Mérida, fue enviado con un ejército á reprimir una sublevacion ocurrida en Sevilla y logrado su objeto, con afan de adquirir gloria, dió la vuelta por la costa del Mediterráneo donde aun no habian llegado las sarracenas huestes.

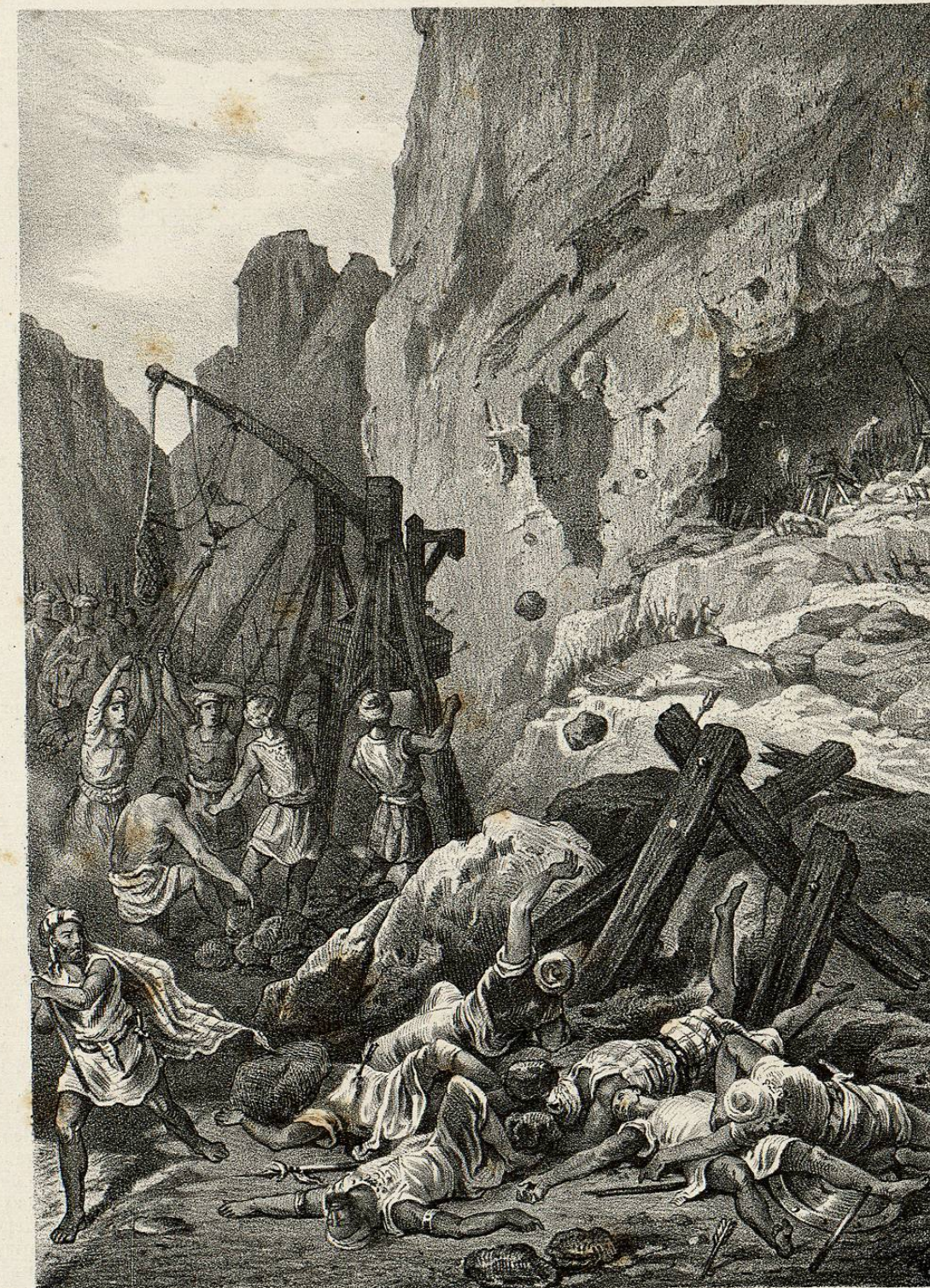
Teodomiro, el valiente godo que hemos visto oponerse con un puñado de hombres al desembarco de Tarik en la Península, cediendo solo á la superioridad numérica de los árabes, habiase retirado á aquella parte con lo que de su gente le restaba y la que de otros puntos comarcanos fue á agregársele y gobernaba en ella en calidad de rey.

Sabedor de la aproximacion de Abdelaziz situóse con un pequeño ejército en los desfiladeros de Cazlona y Segura desde donde podia pelear con ventaja, pero tan hábiles fueron las maniobras del caudillo musulman que le obligaron á abandonar aquella posicion y retirarse á Orihuela con los que en los campos de Lorca no perecieron al filo de los alfanques ó á las puntas de las lanzas ageranas.

Confiado aquel con este triunfo avanzó hácia la plaza esperando no hallar resistencia importante en las cansadas tropas del godo, pero grande fue su asombro al ver coronadas las murallas de una multitud de aguerridos guerreros, y que uno de ellos saliendo de la ciudad solicitaba parlamento.

Accedió á ello y conociendo la dificultad de apoderarse de Orihuela defendiéndolo tan considerable número de soldados, ajustó una capitulacion por la que reconocia á Teodomiro por rey de Orihuela, Valencia, Alicante, Mula, Biscaret, Aspis y Lorca, á condicion de obligarse este á no tomar las ciudades de que ya los árabes se habian apoderado, ni dar auxilio á sus enemigos, y pagar un tributo consistente en un dinhar ó áureo al año por él y cada uno de los suyos, y cuatro medidas de trigo, cebada, mosto, vinagre, miel y aceite: entendiéndose que los siervos ó pecheros solo satisfarian la mitad.

Una vez firmado y ratificado por ambas partes el convenio, descubrióse el parlamentario que no era otro que el mismo Teodomiro á quien agasajó mucho Abdelaziz obsequiándole con un banquete, despues del cual entraron ambos juntos en la ciudad, y extrañando este no ver á aquellos numerosos guerreros que le habian movido á ajustar la capitulacion antedicha, confesósele aquel que para atemorizarle habia disfrazado á las mujeres, colocando su cabello de modo que imitara la larga barba de los godos, cuyo ardid celebró mucho, reinando entre ambos la mayor cordialidad en los dias que estuvieron unidos, y marchando poco despues el hijo de Muza á Baza, desde donde sucesivamente fue ocupando á Guadix, Jaen, Granada, que entonces era solo un arrabal de judíos de Iliberis (Elvira), Antequera, y llegó hasta Málaga sin que en parte alguna les opusieran resistencia los naturales.



BATALLA DE COVADONGA.

Riera Editor, Barcelona, Robador. 24 y 26.

CAPITULO II.

El Califa de Damasco llama á sí á Muza y Tarik. — Castigo de aquel. — Queda de wali general de España su hijo Abdelaziz. — Gobierno de este. — Su casamiento con Eglona. — Su muerte. — Ayub, El Horr. — Principia en Asturias la Reconquista. — Batalla de Covadonga.

Las discordias entre Tarik y Muza, y el proceder de este con aquel, llegaron á oídos del califa de Damasco, quien inmediatamente despachó mensajeros preceptuando al wali africano que devolviera á su lugarteniente el mando de que con tanta injusticia, le había privado. Hízolo este así, aun que de mala gana, y puesto de nuevo Tarik al frente de sus tropas recorrió lo que hoy es Castilla la Nueva, internóse en Aragón y puso sitio á Zaragoza, donde se le reunió Muza, que, á su vez, había sometido sin dificultad alguna á Salamanca y Astorga y remontando el Duero, y dirigiéndose al Ebro llegó frente á la romana *Cesar-Augusta*, conocida entre los mismos con el nombre de *Medina-Saracusta*, á tiempo que sus habitantes, no obstante su heroico valor, empezaban á desalentarse por la falta de víveres.

En gran aprieto les puso el considerable refuerzo que recibían los sitiadores y aumentando la escasez de comestibles á la par que los ataques del enemigo, no pudieron por menos de pedir capitulación, bajo las bases usuales; mas prevaleciendo Muza de su posición, le impuso una contribución extraordinaria tan exorbitante que tuvieron, para satisfacerla, que vender las riquezas de los templos.

Una vez satisfecha su codicia, nombró gobernador á Hanax ben Abdallah, y partió de allí en dirección á Cataluña, sometiendo al paso lo restante del Aragón.

Tampoco esta opuso obstáculo alguno serio al africano, atestigüándolo las rápidas sumisiones de Lérida, Gerona, Barcelona, Ampurias, y tantos otros puntos de menor importancia; ni fue menos afortunado cuando realizado esto, retrogradó, enderezándose á Galicia y la Lusitania, pues unas por desprevenidas, otras por no fortificadas y por pusilanidad de sus defensores las más, todas cuantas poblaciones, y lugares halló en su camino, cayeron en su poder, y de todas sacó riquezas que servían á la par de satisfacción y estímulo á su codicia.

Tarik por su parte marchó á Tortosa y de allí á Murviedro, Valencia, y otras ciudades hasta llegar á los límites del reino de Teodomiro, teniendo igual suerte que Muza, aun que observando una conducta mucho mas benigna y loable con los sojuzgados. De todos sus triunfos noticiaba directamente al califa, quien á la vez que recibía los mensajeros de este, recibía también los de su rival que procuraban desprestigiarle y calumniarle.

Conociendo por esto que en nada había disminuido el encono de ambos y temeroso de los peligros que esto pudiera acarrear á la consolidación de su poder en España, mandolos llamar, encargando á Muza que dejara el gobierno en manos de quien creyera mas apto para ello.

Obedecieron, si bien á este le costó mas trabajo, y nombrando gobernador á su hijo Abdelaziz, llegó á Damasco, cuando ya Tarik estaba allí y había hecho á Walid una verídica relación de los hechos que entre los dos habían tenido lugar.

Cayó á la sazón enfermo el califa sin haber podido recibir á Muza, y deseando Suleiman, su hermano y futuro sucesor al trono, aclarar los hechos, tuvo una entrevista con ambos adversarios en la que hubo que admirar la singular prevision de Tarik en quitar una pata á la mesa de oro y esmeraldas que halló en una de sus expediciones, pues pretendiendo Muza haber sido él quien se le encontró probóle la falsedad de su aserto, preguntándole porque estaba incompleta, y á la respuesta de que, así había sido hallada, mostró el trozo que se había reservado, contando á Suleiman la verdadera historia del hallazgo; con lo cual, convencido este de la mala fe del wali, condenóle á ser azotado y expuesto durante todo un día á un sol abrasador y le multó en cien mil mitcales.

En este intermedio Abdelaziz, dueño del mando supremo fijaba su residencia en Sevilla, y adoptaba multitud de sábias providencias. Su tolerancia con los vencidos, ya de suyo grande, aumentó en razón de haberse enamorado de la viuda de Rodrigo, Eglona, que á su vez amó al árabe y empezando por amantes, acabaron desposándose, á condición de que él no la forzaria á cambiar de religión.

Irritaban mucho á los suyos las contemplaciones que con los cristianos tenia, pues les dejaba sus obispos, sacerdotes, templos y jueces, y murmuraban que él mismo lo era en secreto, y que *Ommalissam* (la de los lindos collares) nombre con que á Eglona designaban, colocaba todas las mañanas en su cabeza una corona semejante á la que llevaba su primer marido, para moverle á alzarse con el dominio de España.

Aunque desprovistos de fundamento estos rumores, hallaron tan gran eco que llegaron á oídos de Suleiman, ya califa en reemplazo de su difunto hermano Walid, quien, desconfiado por temperamento, pero muy particularmente temeroso de los hijos de Muza, á causa de la conducta que con él había observado, resolvió deshacerse tanto de Abdelaziz como de los otros dos, emires á la sazón de Africa, y envió la orden de asesinar á aquel, á cinco de los principales caudillos árabes que en España se hallaban.

Recibióla el primero Habib ben Obeidat el Fehri, y causóle profundo pesar por ser gran amigo y compañero de Abdelaziz, pero obedeciendo con la ceguera de un verdadero musulmán al califa, reunióse con los otros cuatro, y viendo ocasion de realizar su desig-

nio una mañana, en que Abdelaziz se hallaba en una mezquita que, junto á su casa de recreo de las afueras de Sevilla, había hecho construir, rezando la oracion del alba, arrojáronse sobre él y le atravesaron con las lanzas, antes de que sus amigos y partidarios tuvieran tiempo de defenderle.

Tuvo lugar este lamentable suceso el año 716 de Jesucristo (97 de la egira).

Satisfecha con la muerte de Abdelaziz la venganza del califa no pensó este en nombrarle sucesor, y comprendiendo los caudillos árabes españoles el peligro de la continuación de un estado de cosas semejante, reuniéronse al efecto en consejo, del cual resultó elegido Ayub ben Habib el Gahmi, primo de su antecesor y cuyo nombramiento es una prueba de la influencia y simpatías de que gozaba la memoria del hijo de Muza, si bien es cierto que le recomendaban además sus buenas prendas personales.

Gobernó Ayub con acierto, dividió el país conquistado en cuatro porciones, con los nombres de los cuatro puntos cardinales, Norte, Mediodía, Oriente y Occidente; organizó la administración; mostróse tolerante con los cristianos, á quienes atendió en las quejas que de los alcaides y gobernadores de las ciudades tenían, castigando á no pocos de estos; visitó primeramente á Toledo, de donde se dirigió á Zaragoza, mandando erigir entre ambas poblaciones en el lugar que le pareció á propósito un castillo que tomó su nombre, *Calat-Ayub* (castillo de Ayub, hoy Calatayud), y con objeto de estar mas en el centro y poder de esta manera conocer y remediar las necesidades de los pueblos, trasladóse de Sevilla á Córdoba.

Por desgracia, Suleiman, que se había mostrado tan perezoso, para elegir emir á España, despertó de su apatía al tener noticia de la elección hecha por los caudillos, y receloso de que por ser Ayub, pariente de Muza y Abdelaziz, quisiera vengar las ofensas del uno y el asesinato del otro, apresuróse á destituirle y nombrar en su lugar á *Alahor ó Alahur ben Abderrahman*, llamado también el Horr, de espíritu guerrero y emprendedor, pero de carácter duro y arrebatado.

Hizo sentir su rigor lo mismo á los cristianos que á los judíos, á pesar de los servicios que estos habían prestado en los primeros momentos de la invasión.

Deseando saciar sus belicosos instintos y no hallando en la Península enemigos con quienes medir sus armas, fuese á buscarlos allende los Pirineos, é internándose en la Septimania, se apoderó de Narbona, y recorrió todo el territorio comprendido entre aquellos, el Ródano, y el Garona, asolándolo durante tres años, hasta que habiendo sabido que uno de sus lugartenientes había sido derrotado por tropas cristianas en el Norte de España, regresó precipitadamente á ella.

¿Qué tropas eran estas? ¿Cuánto su número y cuáles sus designios? Vamos á verlo.

Ya desde los primeros momentos de la insurrección árabe, hubo multitud de gentes que, ó temerosas del sarraceno yugo, ó amantes de la libertad y de la independencia, prefirieron buscar un abrigo en las montañosas regiones septentrionales de la Península, y vivir en medio de privaciones y fatigas, á humillarse al invasor y pasar en el llano una existencia tranquila.

De esta manera en las montañas de Asturias, Navarra, Aragón y Cataluña, fuese formando un núcleo de población que creciendo considerablemente, empezó la grande y gloriosa lucha de ocho siglos que se conoce con el nombre de *Reconquista*.

A los cristianos refugiados entre los asturianos riscos cupo la suerte de dar los primeros el grito de independencia. Acaudillados por Pelayo, hijo del duque de Cantabria, cuyo valor y buenas prendas eran bien conocidas, y á quien unánimemente aclamaron por jefe, empezaron á hacer algunas correrías por los alrededores de *Canicas* (Cangas de Onís).

Hallándose á la sazón ocupado Alahor en su expedición á las Galias, y juzgando el suceso de poca importancia, contentóse con enviar á Alkamah al frente de un numeroso cuerpo de ejército, que llegó hasta Canicas sin encontrar resistencia, pues ya el prudente caudillo godo se había retirado á otra posición mas fortificada, formada por tres elevados cerros y una enorme roca de mas de cien pies de elevación, en cuya parte central se halla una abertura, llamada cueva de Covadonga.

Envalentonado el árabe con lo que creyó cobardía de Pelayo, no vaciló en aventurarse con sus tropas por el desfiladero dominado por las alturas que ocupaban ya los hombres de este, pero bien pronto hubo de lamentar su imprudencia.

Desde la cueva, por el frente y por los costados, los cristianos hicieron una mortandad horrible en las huestes musulmanas, que eran heridas no solo por las piedras y flechas enemigas, si que también por las suyas que rebotando en la roca se volvían en su contra, causándolas asimismo gran estrago los peñascos y troncos de árboles que por todas partes les arrojaban.

Este suceso que tuvo lugar el año 718 de Jesucristo, fue el que obligó á Alahor á dejar de devastar la Galia gótica y regresar á la Península.



MUERTE DE ALSAMALI BEN MELEK.

Riera, Editor, Barcelona, Robador, 24 y 26.